



Mi nombre es Julia, como mi abuela.
Tengo doce años y vivo en la ciudad de Nueva York,
lo que está muy bien. Y aunque está muy bien, no es tan
extraordinario. Ni siquiera extraño. Pues no es comparable
a lo que sucedió en mi cumpleaños número nueve.
Esa mañana, mi mamá, que también se llama Julia,
me dijo:
—Tengo la mejor de las ideas, Julia.
Vas a ir a conocer a tu abuela.



A mí la idea no me pareció ni la mejor ni la más emocionante. Mi abuela vivía en un pueblo llamado Los Naranjos, perdido en una montaña.

Yo nunca había visitado una montaña.

Tampoco conocía a nadie de mi familia, que aún vivía en Centroamérica. Y apenas podía hablar español. Pero a mamá le ilusionaba el viaje. Así que, una mañana, una semana más tarde, me subió a un avión.

Sin saber cómo, unas horas después, me encontré con mi abuela Julia. Su casa era de tejas y estaba rodeada por los árboles más enormes que había visto en mi vida. En cuanto me vio, mi abuela me abrazó por un minuto entero. Y también mi prima, una niña de mi edad llamada Merceditas. Eran muy amables, aunque me sentí rara.

